



RELATOS PARA UN CUADRO

ACTIVIDAD ONLINE

“IR A LA ESCUELA”

Franz Von Defregger

**UNIVERSIDAD POPULAR
AULA DE LITERATURA
JULIO 2022**

ÍNDICE

PRÓLOGO	Cora Ibáñez	4
POEMA	Ángel Rodríguez	5
DOÑA JULIA	Cele Lázaro	6
IR A LA ESCUELA	José A. García Feria	7
SOLOS	Blanca Fajardo	8
CAMINO DE LA ESCUELA	Elisa Izquierdo	9
OTROS TIEMPOS	Vito Cruces	10
EL SECRETO DEL VIEJO CASERÓN	Marga Gozalo	11
PRIMER DÍA DE CLASE	Andrés Cancho	12
LA GRAN DAMA	Toña Cruz	13
LAS CARTAS	Mercedes Pérez Domínguez	14
ESCUELA	Pilar Alonso Duarte	15
CAMINO DE LA ESCUELA	María J. Llanos	16

PRÓLOGO

Esta ha sido una actividad conjunta en la que se ha invitado a participar al alumnado de primero y segundo de Escritura Creativa de la Universidad Popular.

Una actividad que surgió de una conversación mantenida en uno de los grupos de este taller.

El trabajo consistía en escribir lo que cada persona “veía” en esta pintura de Franz Von Defregger, titulada “Ir a la escuela”.

Como siempre, la apreciación particular de cada cual es, en su totalidad, diferente al resto, con un enfoque y una forma de poner en escena, distinta. Con lo cual, se puede afirmar, que no existen dos textos iguales aunque el tema coincida.

En nuestro taller intentamos forjar personalidades originales que nada tengan que ver unas con otras, ni en sus formas de expresión ni en las maneras de presentar sus historias.

Poco a poco, cada persona va labrando su estilo particular a la hora de reflejar su imaginación. Y aquí tenemos un claro ejemplo de lo que estoy intentando explicar y que ya se ha visto con los retos publicados, mes a mes, durante el curso.

Espero que os gusten y os diviertan.

Cora Ibáñez
Monitora de Escritura Creativa

Por la vereda del puente
camina el niño encogido
las manos en los bolsillos
y lanzando algún silbido.

Huesudas piernas le salen
de su pantalón gastado,
solo tiene dos postillas,
el muslo un poco morado.

Pero al niño no le importa
y se entretiene mirando
cualquier cosa que le atraiga,
el tiempo pasa volando.

Lo mismo le da patadas
a una planta descubierta
o emprende una carrera
tras un gato que despierta.

Como el camino es muy largo
para llegar a la escuela
puede inventarse una historia
o imaginarse que vuela.

Ir de su casa a la aldea
cruzando el prado y el río,
aterrizar en el patio
demostrando poderío.

Después le diría a Clara,
la niña de sus amores,
que le cogiera la mano,
que desechara temores.

Los dos juntos subirían
al tejado de la iglesia,
mientras Don Cosme, el maestro,
desde el aula les vería.

De repente se acordó
de los deberes mandados,
la redacción y los cuentos
¡qué desastre de olvidados!

Lo de pensar en fugarse
inventando alguna excusa,
lo tiene muy explotado
por eso ya no lo usa.

Además don Cosme es
un perro viejo en la escuela,
se sabe todas las tretas
y casi nada se cuela.

le están entrando sudores
y las piernas le flojean
hasta parece que siente
las tripas que se menean.

Cada vez va más despacio
por las calles de la aldea
"el vozarrón de don Cosme"
con oírlo se marea.

Una idea luminosa
de pronto se le aparece:
que en el camino le asaltan,
mientras el sol amanece,
un grupo de bandoleros.
Que eran como unas fieras,
fieras terribles, sedientas.
Le entró el pánico, corrió
y cuando la aldea vio
echó mano a su cartera
y entonces comprobó
que el faltaba el cuaderno,
con mucha pena lloró,
también por el lápiz nuevo
que por la tarde estrenó,
cuando hacía los deberes
que a fondo trabajó.

A Don Cosme le diría
"Yo me he llevado un gran susto
y también un gran disgusto,
yo, que deberes tenía
perfectamente acabados,
por unos hombres malvados
mi gozo se perdería".

Y por fin llegó a la escuela
con la historia así hilvanada,
los demás niños jugaban
al balón en la explanada.

Todos estaban contentos
sin preocuparse de nada,
las carteras todas juntas
al lado de la enramada.

Fue su amigo quien le dijo
que a don Cosme, esa mañana,
se le cayó un taburete
en la rodilla más sana
y por lo tanto ese día
sin colegio estaban todos
¡qué alegría! ¡qué alegría!
sin ladrones, sin deberes,
sin ninguna obligación,
solo mirar a Clarita
y un puntapié al balón.

Ángel Rodríguez

DOÑA JULIA

Cada mañana salgo de mi casa, con el pequeño Francisco de la mano, apenas ha amanecido. Por el camino se nos van sumando los niños de las casas vecinas. Tenemos un largo paseo hasta la escuela.

Allí nos espera doña Julia, la maestra. Es una mujer alta y huesuda, de edad mediana, ni es joven, ni es vieja. Su rebequita marrón siempre le cuelga de los hombros. Tras sus gafas asoman sus pequeños ojos grises, con una mirada dulce y tierna.

Nos enseña aritmética, historia y gramática. En clase copiamos los ejercicios en nuestras delgadas libretillas mientras ella va de aquí para allá por toda el aula, echando un vistazo por encima de nuestras cabezas y elogiando los trabajos con buena caligrafía.

Con voz tranquila, doña Julia narra los episodios de la Historia de España o nos lee un capítulo de “El Quijote”. Pero lo que más me gusta es cuando nos enseña a apreciar lo que tenemos a nuestro alrededor: las propiedades de algunas hierbas; cómo fabrican la miel las abejas, o por dónde sale el sol. Luego nos pide que, al día siguiente, nosotros contemos lo que más nos ha llamado la atención en nuestro camino hasta la escuela. Por eso, mientras andamos, vamos atentos a todo lo que vemos, para descubrir algo diferente de los demás y poder contarlo al llegar. Eso hace que el camino se nos haga más corto.

Cuando cuento mi relato, yo intento imitar la voz de doña Julia. A veces invento la historia de un árbol o de un pájaro en su nido. Si tengo ocasión, recojo unas hojas, unas flores o incluso alguna piedra, que guardo en el bolsillo de mi gran delantal y luego enseño, atribuyéndole propiedades fantásticas. Los más pequeños me miran sin pestañear. Parece que están viendo lo que les cuento.

Por eso, de mayor, yo también quiero ser maestra, como doña Julia.

Cele Lázaro

IR A LA ESCUELA

En la primera ojeada se me antoja ver el doble sacrificio del día a día tanto para la parte expuesta, los alumnos, como para ese maestro o maestra, invisibles en el cuadro pero que están. Seguramente una escuela unitaria a cargo de un docente que llevará todas las materias y educará a toda una escalera de edades.

Con esa imagen de fondo, donde aparece un rezagado con su madre, el pintor nos dice con esas nubes altas, que nada amenazan, el monte verde y el arbusto adosado al edificio de madera, el mundo agreste donde todos están inmersos. Ese mundo también es de sube y baja, a la vista de la dura perspectiva que presenta la empalizada de madera a la izquierda. El grupo de niños parece estar en un falso llano, pero no lo tendrán fácil para jugar a las canicas en la calle. La solidez de la piedra y la madera da una fuerza al conjunto y hacen pensar en la especie humana y cómo se fabrica su continuidad a prueba de todo. Pero llama la atención el contraste de las paredes enjalbegadas de la casa dando una curiosa luminosidad. Habrá que esperar más de un siglo a que se imponga el turismo rural y quiten ese enlucido y se descubra la piedra original, con una fachada más acorde al entorno.

La colocación de los alumnos parece, para los tres primeros, como una situación de privilegio, resalta mucho la chica del centro que hace valer su condición de mayor de la clase, pero aparte entiendo que son hermanos, los chicos con sus tirantes verdes, sombreros muy similares y como ella tiene de su mano al más pequeño. La imagino de encargada de la clase en la ausencia del profesor, las materias la desbordan y tiene que llevar un texto o cuaderno en su mano, fuera de la cartera que porta en su espalda. Los tres parecen formar parte del clan dominante.

Por el contrario, los tres de atrás, cubren sus cabezas cada cual de forma distinta, los dos últimos ni portan sombreros. La pequeña de atrás, por condición social o rebeldía de sus padres, rompe con todo el conjunto y tapa su cabeza y su cuello con una prenda original a juego con su vestido, su cartera no la cuelga y su mirada enfila a un futuro donde ya se ve cambiando cosas, tal vez ella podría ser la maestra, el día de mañana, de una escuela unitaria como a la que ahora asiste.

Aunque el arte de la fotografía estaría muy en ciernes en la época del cuadro parece que la formación del grupo se debiera a un fotógrafo que les insistió que no miraran al objetivo y les marcó un punto para dirigir sus miradas. Pero claro, ahí está el pequeño agazapado en el medio, como si nadie le viese y sus ojos en el lado contrario, a él ni se le adivina cartera ni libros, está claro que es el revoltoso y el pasota; sí, eso es, podría ser, de pequeño, Harpo, el de los hermanos Marx, y entre sus manos lleva su famosa bocina, puede que no sea tan desobediente, solo que no se ha enterado de las instrucciones.

José A. García Feria

SOLOS

Era un día como todos los demás. El sol brillaba en lo alto prestando reflejos dorados en los campos sembrados y en los matojos de hierbas que, balanceándose, apuntaban a los bordes de la carretera.

Los niños salieron de la escuela y, como siempre, se dirigieron a su casa. Era la hora de comer y allí les esperaba, al amor de la lumbre, una pequeña olla, colocada sobre las trébedes, que la madre había dejado sobre las brasas en los albores de la mañana, poco después de que partieran hacia la escuela.

Eran seis hermanos. Muy unidos entre ellos y con su madre, sobre todo desde que fueron abandonados por el padre. Todos, a pesar de su corta edad, colaboraban como podían para sobrevivir: haciendo recados a los vecinos, ayudando a la madre en la limpieza doméstica, dando de comer a los pocos animales de que disponían, limpiando el gallinero y la hermana mayor, cuidando de todos ellos, mientras la madre trabajaba en algunas casas para incrementar sus menguados ingresos.

Al llegar a su casa, les sorprendió contemplar movimiento de personas en el exterior y la "carreta de los muertos" en la misma puerta. Se asustaron y, despavoridos, corrieron hacia el interior de la casa. Lo que vieron les removió sus entrañas y con lágrimas de pánico y angustia y gritos entrecortados, se abalanzaron sobre el cuerpo de su madre que yacía en el suelo, con los ojos cerrados, la boca entreabierta y la mano derecha, con el puño apretado, sobre su pecho.

El día dejó de ser como los demás; el sol dejó de brillar y esa casa, su hogar, dejó de serlo para siempre, siendo envueltos todos ellos en un enorme halo de pesadumbre e infinita soledad.

Blanca Fajardo

CAMINO DE LA ESCUELA

Ya comienza el otoño, esta tarde tengo que recoger los higos secos, para las sopas de tomate que tanto le gusta a mi padre. Que no se me olvide, se lo he prometido a madre.

¡Ay, madre! cómo nos ha cambiado la vida, con qué felicidad vamos a la escuela mis hermanos y yo. Desde que cambiaron a Don Fernando de cura y vino Doña Mercedes de maestra. ¡Nuestra aldea se ha revolucionado!

Yo, lo que escucho, es que Don Manuel, aparte de ser joven, es entusiasta, que eso no sé que es. Lo que sí es cierto es que nadie se pierde sus sermones y las mujeres se arreglan más. Seguro que en alguna misa predicó sobre ir guapos a la casa del Señor. ¡Yo qué sé!, cosas de mayores.

A lo que íbamos y eso que Doña Mercedes tenía un pretendiente llamado, ¡Golfo!. Menudo mote, si en realidad es hijo del tío Pitarra y que yo sepa su apellido no es Golfo, si acaso sería Pitarra Hijo.

Y la última moda de poner a mi madre el mote de Coneja, ni tan siquiera tenemos conejos en nuestra granja. El mundo de los adultos es tan raro.

Que no se me olvide preguntar a Doña Mercedes por qué a los Pitarra les llaman Golfos, en qué sermón nos digo Don Manuel que nos teníamos que poner guapas las mujeres y por último, si mi madre era la hija del tío Rana, porque ahora la llaman la Coneja.

¡Qué bien! el año que viene, por fin mis hermanos, Antonio y Tomás, vienen a la escuela con nosotros, ya solo se quedan con mi madre María y el pequeño Florencio que tiene dos mesecitos.

Elisa Izquierdo

OTROS TIEMPOS

Discurría la tercera década del siglo XX. Por las empedradas calles de una pequeña población, un grupo de chicos iba al colegio. A las niñas, sin tener en cuenta la edad ni el curso escolar, les impartía clase doña Adela y a los niños, don Juan. Se adentraban en el claro río del conocimiento en dos viviendas ubicadas en la misma calle, dos casas como las otras; solo que a una y a otra adaptaron la planta de arriba para el ejercicio de la docencia. En ambas escuelas lucía un hermoso crucifijo, la foto del rey y la bandera nacional, se rezaba al entrar y al salir de clase y se aprendía la tabla de multiplicar cantando.

Cierto día un alumno robó a don Juan un trozo de chorizo y un pedazo de pan. El muchacho, con diez años de edad, tenía cuatro hermanos mayores que él y siete más pequeños, por lo que se acostaba muchas noches sin cenar. El maestro lo sabía; sin embargo le castigó a permanecer de rodillas con los brazos en cruz durante un par de horas. Y doña Adela hizo algo parecido con una niña paupérrima. ¡Eran otros tiempos!

Vito Cruces

EL SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

María jugaba con Martín y otros niños del pueblo donde pasaban el verano. Por las noches, cuando no les veían, los dos primos se escapaban por la ventana del cuarto, y salían a buscar luciérnagas. Conocían casi todos los caminos, huertos, jardines y regatos de la zona. A veces, al llegar a casa de los abuelos, la abuela Elvira les miraba con complicidad, desde la banqueta de la cocina, en la que se sentaba a quitarles la hebra a las judías verdes.

Un hallazgo les sacó un día de esta monotonía. Junto al tocón de un árbol, medio escondida, encontraron una vieja llave, antigua, de hierro. A levantar la vista vieron una casa en la que ya se habían fijado muchas veces. Era grande, elegante y antigua, nunca habían visto a nadie por allí. Al rodear la casa encontraron el acceso a una especie de trastero que, tal vez, un día se hubiera usado para los animales, ahora estaba lleno de objetos que toda la pandilla miraba con asombro. Había un cochecito de muñecas, un baúl y una bicicleta de hierro con una sola rueda. Cuando iban a salir, muy excitados, de ese escondite, detrás de ellos, una voz infantil les pidió que se quedaran a jugar con ella.

Al principio no vieron nada, después, como si fuera un holograma, transparente, vieron a una niña de la edad de Martín, les miraba desde un rincón, con un vestido de seda y un gran lazo rosa, sobre su corta melena. Los dos primos quisieron echar a correr, pero la curiosidad pudo más que el miedo.

— ¿Qué haces aquí? —Le preguntaron— ¿Estas muerta?

La niña estaba confusa, no sabía muy bien por qué estaba allí, creía que tenía que esperar a alguien, pero no sabía a quién. Les pidió sólo una cosa.

Al salir de aquella casa, tapado con un paño de seda descolorido, María y Martín llevaban algo con ellos: Un extraño objeto, un secreto y una misión.

Le dejaron aquello a la abuela Elvira junto a la banqueta de la cocina. Al despertarse de la siesta, la vieron llorar aferrada a una pequeña capilla portátil, de madera, que tenía en su interior a la Virgen de Fátima. Con una pasmosa facilidad y una horquilla del pelo, la abuela había abierto el cajoncillo interior, el de las monedas, y había encontrado en él varias cartas envueltas en un pañuelo y un pequeño diario. Elvira guardó aquellos delicados tesoros y dio a cada uno de sus nietos un beso en la mejilla.

Al día siguiente, los tres salieron en procesión, Elvira llevó la capilla a la Ermita del Castañar, donde durante muchos años ofició aquel sacerdote. Aquel que la había castigado públicamente por haberla perdido hacía sesenta años. Aquella había sido la situación más humillante de su vida mientras, una Elvira de ocho años, lloraba su inocencia ante la mirada avergonzada de sus padres, que nunca reconocieron que creían su palabra, ni sacaron de su error a aquel sacerdote.

La dejó allí, en un rincón, junto a la sacristía con una breve nota en la que se indicaba el lugar en el que había aparecido. Se arrodilló a rezar y estuvo un largo rato, en silencio, mientras sus nietos la miraban, entre respetuosos y asustados.

Después, se acercó con ellos a esa solitaria casa para descubrir, sin mucha sorpresa por su parte, que la pequeña niña transparente, ya no estaba allí.

Marga Gozalo

PRIMER DIA DE CLASE

Hoy me siento feliz. He convencido a mis padres para que mis hermanos y yo vayamos al colegio. Ellos pensaban que mejor me quedaría en casa cuidando de ellos, que son pequeños. Todo ello, mientras mi padre trabaja en el campo, y mi madre vende huevos y leche por el pueblo. Les he dicho que en clase estarían mejor, y además aprenderían a leer y las cuatro reglas fundamentales. Esto último, yo creo que ha sido lo que más les ha convencido, pues el otro día, Doña Fulgencia, la mujer del cacique del pueblo, le pagó menos dinero por la leche y, al protestar, esta le respondió que al contrario, que le había pagado de más, que se callara, que mi madre era una analfabeta, que no sabía leer ni sumar. Mi madre se sintió tan mal, que no le replicó y se vino para casa humillada y con menos dinero por su trabajo. Si llego yo a estar allí, le canto las cuarenta, por muy señorona que sea.

Mi pobre madre, ¡con lo que anda por el pueblo para sacarse unos dineros con los que alimentarnos! Por eso ella quiere que esto no nos pase a nosotros.

Hoy me siento como si fuera una maestra, y eso espero ser algún día. Enseñar no solo a mis hermanillos, sino a cualquier niño con ganas de aprender, y que no le humillen en la vida.

Andrés Cancho

LA GRAN DAMA

¡Qué suerte tuvo mi abuela Emilia! Ella y todos sus hermanos, que eran siete, pudieron asistir a la “escuelina” del pueblo donde se criaron. Felices, portaban sus zamarras, sus pizarrines y cuadernos camino del saber, eso sí, una vez terminadas las labores del campo y del hogar. Había muchas bocas que alimentar, y lo primero era lo primero.

Un día cualquiera, entre tantos muchos otros días, llegó al pueblo una viuda, de muy buena posición, que tuvo la desgracia de perder a su hijo y a su marido aplastados por su propio carruaje al perder este una rueda y, desgraciadamente, caer por un barranco. La triste señora, sin alivio ni consuelo, decidió salir de su señorial casa, ya que todas sus estancias se le caían encima. Al no soportar tanto dolor, guardó algunas ropas y enseres en una maleta y, con coraje, se dirigió rumbo al pueblo de sus antepasados. Una vez acomodada en la aldea, Dorotea buscó un lugar acogedor para dedicarse a lo que más le gustaba: enseñar. Al principio no fue tarea fácil, ya que el señor alcalde, el peor cacique de la comarca se opuso a tal idea sin ni siquiera haber escuchado a la culta señora. Dorotea no podía consentir que los niños y niñas de aquel lugar perdieran la oportunidad de conocer un mundo nuevo, sin límites para soñar, viajar, aprender, pero sobre todo para descubrir que la vida era algo más que obedecer y agachar la cabeza ante el señor alcalde.

Al enterarse de la noticia, mi abuela Emilia, que era la mayor con doce años, agarró la mano de sus hermanos y la de algún que otro vecino, y se presentaron en la posada donde se alojaba Dorotea.

Entre todos decidieron salir por las calles del pueblo y llegar hasta el ayuntamiento en señal de protesta. El médico, el párroco, algunos padres y otras ilustres personalidades apoyaron a la profesora y a los niños.

Mi abuela tomó un papel muy activo en esta inusual iniciativa, hasta tal punto que en la actualidad el centro lleva su nombre junto con el de la gran dama aristócrata, como más tarde se descubrió. Dorotea era ni más ni menos que la condesa de los Siete Lugares y marquesa del condado de las Cruces, y ahijada del rey Alfonso XIII. Al alcalde no le quedó más remedio que doblegarse ante dos mujeres con reñones y con pasión por su gran labor en educar en conocimientos y valores.

Todos los niños y niñas de la “escuelina” prosperaron hasta el punto de que su pueblo natal ha despuntado, desde entonces hasta nuestros días, como ejemplo de bienestar social, contando con la mayor biblioteca de la zona, repleta de libros donados por la condesa Dorotea y custodiados por mi abuela Emilia con gran amor hasta su muerte en 1929.

Toña Cruz

LAS CARTAS

Así fue aquel día mágico en la Aldea de Fribunger.

Llevaban semanas reuniéndose por su cuenta, en un otoño plagado de aburridas mañanas y hojas amarillas y naranjas. El bosque era su refugio, desde que su querido profesor les había abandonado y el consistorio decidió cerrar la pequeña escuela. Eran ocho niños, pequeños pero con tremendas ganas de aprender. Emma, la mayor, organizó jornadas de lectura. Encontró el lugar idóneo entre unas viejas ruinas olvidadas y despertó la fantasía de los chicos a través de una antigua pintura que cubría la pared norte. Esta se convirtió desde los labios de la niña, en la historia de una extraordinaria maga atemporal que guiaba un rebaño de sonrosados niños hacia el majestuoso palacio del conocimiento. Llevaba un rollo en las manos. Emma, cuya imaginación era desbordada, les contó a los niños que debían escribir una misiva solicitando su favor y la enviarían a la maga enterrándola entre las ruinas.

Semanas después todo cambió, de pronto, en el bosque. En el silencio sonó una campana: la campana de la escuela. Corrieron entre los árboles, hundiendo los pies en el grueso manto de hojas hasta alcanzar la calle principal. Cuál no fue su sorpresa al ver a una bella joven en la puerta de su escuelita:

— ¡Hola! Me llamo Aidé, ¡soy la nueva maestra! —Les anunció con una alegre sonrisa. Los niños estaban azorados: La hermosa dama del mural estaba allí, entre ellos.

Mercedes Pérez Domínguez

ESCUELA

José no quería levantarse esta mañana. Dice que le duele mucho la garganta y ha tosido bastante. “Venga, que hoy es el último día y la maestra va a llevar caramelos”, le he dicho, y se le han iluminado los ojillos un poco pitañosos y brillantes. Seguro que tiene algo de fiebre. Ahora lo llevo agarrado de la mano para que no se me quede atrás.

Juan, sin embargo, se ha vestido solo. Se ha tomado al pie de la letra lo que nos dijo padre cuando nació la bebé. Eso de ser más responsables y no dar tanto trabajo. Quiere ir suelto, por eso se mete la mano en el bolsillo para que no lo agarre. Aunque ya ha cumplido los siete años, yo no le pierdo de vista y le vigilo sin que se dé cuenta.

También recojo a los vecinos de la finca de al lado, Rita, Antonio y Frasco. Viven con su abuela. Sus padres se han ido a trabajar a otro país y me ha dicho madre que los cuide como cuido a mis hermanos.

Para mí, hoy, es un día muy especial. Me gusta mucho la escuela y dice la maestra que soy inteligente y disciplinada, que es una pena que no siga estudiando. Yo querría ser científica y encontrar vacunas como esa de la viruela que llevaron a América y salvó a tantos niños. Pero en casa me han dicho que eso es para los ricos, que ya tengo doce años y en el verano empezaré a trabajar en casa de la Señora. Si le gusta cómo lo hago, me llevará con ellos a la ciudad, donde aprenderé cómo se sirve en las casas finas.

Algunas veces, cuando lo pienso, lloro, pero luego me acuerdo de lo que me dice padre, de que lo importante es hacer lo que se debe y esas palabras me dan el coraje suficiente para pensar que, tal vez, aunque sea la hermana mayor, la vida guarde para mí un pequeño resquicio por el que se cuecen mis sueños.

Pilar Alonso Duarte

CAMINO DE LA ESCUELA

Franz Von Defregger había llegado a la localidad de Lofen, en el noreste de la región de El Tirolo, con el propósito de captar y plasmar con sus pinceles las costumbres de los habitantes de estos pequeños pueblos perdidos en la falda sur de los Alpes austriacos.

Nada más llegar dejó su raída maleta al cuidado del señor Doherty, propietario de la única pensión que pudo encontrar, y salió a dar un paseo por los vericuetos de calles empedradas que formaban un pequeño laberinto flanqueado por casas de pizarra con tejados negros y puntiagudos. Un grupo de niños, profiriendo gritos ensordecedores, vinieron a cruzarse en su camino. Andaban en fila de a uno y todos seguían las órdenes del que iba a la cabeza de aquella banda. Decidió seguir a la pintoresca comitiva hasta llegar a un edificio de paredes blancas y grandes ventanales que miraban hacia un desvencijado puente que servía para sortear las bravas aguas de un aprendiz de río. Era la escuela.

La señorita Muriel, maestra del lugar, esperaba en la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho y el ceño fruncido, la llegada de la chiquillería. Una vez que todo el alumnado estuvo ordenado procedió a abrir el portón y a dejar pasar a estos diablillos que ahora habían dejado la algarabía y mostraban una actitud de silencio, solo roto por la voz de la maestra impartiendo doctrina. El pintor se apoyó en la pared de la fachada principal de la escuela, sacó del bolsillo de su abrigo un bloc de hojas blancas y un lápiz y se dispuso a observar atentamente todo lo que acontecía. Antes de cerrar la puerta, la señorita Muriel echó una última mirada al camino; aún faltaban por llegar los hermanos Studgar.

Franz Von Defregger fue el que, desde su privilegiada posición, los vio aparecer. El grupo familiar estaba compuesto por dos niñas y tres niños. A la cabeza se situaba Úrsula, la hermana mayor, llevando de la mano a Eric, el benjamín de la casa, y siguiendo sus pasos, el resto del clan. Hoy llegaban tarde a la escuela. Úrsula había tenido que hacerse cargo de sus hermanos: había traído agua para el aseo, había preparado el pan con manteca y la taza de leche para los desayunos y había tenido que revisar uno por uno el atuendo de los hermanos, vigilando que todos ellos fueran limpios y aseados. La señorita Muriel era muy exigente en las cuestiones que tocaban a la higiene personal y Úrsula no quería que se notara que esta mañana no había estado la madre para supervisar las tareas. El pintor, con mano ágil, desplegó una hoja de su bloc y empezó a esbozar el retrato que se exponía ante sus ojos deseosos de captar un retazo de aquella realidad. Fijó sus ojos en los zapatos de punteras desgastadas y en la mirada serena de Úrsula que, a pesar de su corta edad, tenía un empaque especial dominando la escena.

Más tarde, en la habitación soleada de la pensión del señor Doherty, Von Defregger comenzó a trabajar en una de sus mejores obras pictóricas. En su bloc de dibujo se llevó también el esbozo de lo que sería otro de sus retratos costumbristas: La señorita Muriel con el ceño fruncido y los brazos cruzados a la altura del pecho imponiendo orden delante de la puerta de la escuela.

María J. Llanos